

Mario & Melanie

Raúl Dylan Gama Román*

M tenía ciertas particularidades que pretendían versar en su intelecto como una persona basta y moral; en cambio M tenía alma de adolescente fugaz y una indolencia crítica de las cuestiones sociales que acechaban el mundo de la feliz pareja. Ambos lo sabían, y ambos estaban sumamente enamorados, no cabía duda, pero la banalidad en su relación hizo a M cuestionarse aspectos sumamente cotidianos en cuanto a la formación juvenil de su persona.

M tenía seriedad en sus palabras, sin embargo, hacían temblar a M como cuerdas de fino algodón. Era bellissimo mirarles a ambos caminando por los pasillos, tomados de la mano y sonriéndose uno para el otro. Cualquiera pudiera pensar que la felicidad y el amor puro reinaba la relación y cubría a ambos de un espesor dulce de agua y miel. No obstante M decidió acercarse a un mundo distinto al de su compañero; un mundo trivial y metafórico que le hacía retumbar en el estómago, sensaciones que llegó a sentir muchas veces con M, pero que no eran suficientes.

Esto permitía una libertad absoluta a M de divagar y dirigirse a cual mundo de fantasía le fuera posible. Llegó a sentir el éxtasis en el estómago, y el temblor de sus rodillas y codos y llegó a la finita conclusión de que expresaba su ser, una sensación extremadamente distinta a lo que se había acostumbrado. Y extrañaba a M, de eso no había duda alguna, le extrañaba a cada hora del día: durante los estiramientos y el maquillaje, durante la sesión de fotos en *Churubusco*, cada que sentía el sol y miraba las estrellas; o cada que su cuerpo le exigía un poco de alcohol para calmarse la ansiedad. Extrañaba a M más de lo que la luna pudiera extrañar al sol durante la noche, más de lo que el cielo lluvioso necesitase al arcoíris. Ambos se hacían falta.

M, por su parte, quedó solo en un rincón del colchón, acurrucado con los audífonos puestos y con guitarra en mano, produciendo uno que otro sonido de esos que des-

* **Estudiante de Licenciatura en Letras Hispánicas en el Centro Interdisciplinario de Investigación en Humanidades del Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Autónoma del Estado de Morelos.**

Tal vez.
 O posiblemente
 aguardaba en su
 silla a algún suceso
 extraordinario:
 el choque de un
 avión, objetos sin
 identificar o... el
 sonido del llamado,
 del teléfono.
 El sonido del
 arrepentimiento
 y el amor que M
 aguardaba en su
 silla, como todas
 las noches.

garran el alma. Aquel instrumento tenía la facultad de embellecer el silencio del espacio y los sollozos del viento que zumbaban en la ventana. M se sentía afortunado de contar con aquella compañía que le inspiraba a escribir sobre su amor. Todo el tiempo le pensaba: *¿Por qué no me llama?, ¿por qué su ausencia crea una pesadumbre terrible?, ¿por qué se fue?*

Todas las preguntas quedaron flotando en el aire, sin poder ser contestadas. Le sollozaba. La melancolía le brincaba de un lado para otro como conejo en tarde de pascua o como pelota de unicel. Cada noche M se sentaba en una azotea frívola y gris a presenciar y a mezclarse con la oscuridad de las nubes, mientras llenaba su cuerpo de levadura y alcohol en lata. Eso le fascinaba, ya que podía combinar los sabores sensacionales que le producía el humo de la nicotina sabor cereza, escupida de su boca con cada fumada.

¿Qué estaba haciendo? ¿pretendía llamar acaso a M y seducirle como lo haría la musa con el poeta? Tal vez. O posiblemente aguardaba en su silla a algún suceso extraordinario: el choque de un avión, objetos sin identificar o... el sonido del llamado, del teléfono. El sonido del arrepentimiento y el amor que M aguardaba en su silla, como todas las noches. Pero el celular nunca sonó.

Pasaron días, semanas, meses, años quizá, y M decaía más en la depresión. Cada que divagaba por las calles, argumentaba cada paso cabizbajo y con los ojos húmedos de lágrimas, sin tener la posibilidad de emigrar su dolor. Al mismo tiempo mandaba mensajes esperando respuesta, y así fue, pero no como se hubiera esperado: —Estoy bien, no te preocupes más por mí— respondió M.

Cada que salía del escenario sentía un rejuvenecimiento increíble; se sentía importante y con la belleza brotando de su rostro. La felicidad no estaba de sobra sino que también era evidente. M llegó a su camerino y observó los claveles a un costado del espejo luminoso, sobresalía un pedazo de cartulina color rosa pastel con el siguiente escrito: *Muchísima suerte, encanto.*

M contempló la cita y reflexionó por un momento. Buscó entre sus cosas el teléfono y allí estaba el mensaje de texto que esperaba. Le hizo sentir feliz nuevamente y con las esperanzas esparcidas sobre el cuarto. Pero, lo recordó. Recordó la sensación de despedida al momento de su partida, de los ruegos y las lágrimas... y se estremeció

completamente. Cayó sobre la ropa y se soltó. Las lágrimas en sus ojos representaban la soledad que sentía, y la felicidad que aparentaba. Extrañaba a M, pero su orgullo pudo más que cualquier cosa omnipresente.

M se acomodó en su butaca, contemplaba cada esquina de aquel teatro y examinaba a cada persona que iba y venía en el interior del mismo. Su esmoquin le apretaba un poco del pecho y el pantalón estaba justo de la entropierna. Eso no le importó en absoluto, seguía excitado y con los ojos pegados al telón que acababa de descender debido al acto final. Todos aplaudían, M sólo admiraba con el celular pegado en la mano esperando respuesta. Imaginaba su reacción al ver los claveles y se emocionaba más.

M salió por el pasillo a toda prisa secándose lágrima por lágrima. Cada paso que daba se llenaba de halagos y felicitaciones de parte de sus compañeros. Caminó hasta el proscenio y penetra el telón. Fue ahí cuando se percató de su presencia, fue ahí cuando ambos se vieron. M se levantó bruscamente del asiento y clavó su mirada de emoción y perplejidad en su rostro lívido. Los dos sintieron ruborizarse y M se metió nuevamente para escribir algo en el celular.

—No pienso salir, no quiero quebrarme ahorita. Sólo déjame— escribió M. La respuesta fue inmediata.

—Regresé por ti.

—No quiero. — aún con las lágrimas en los ojos.

— ¿Por qué?—M sintió un fuerte estruendo en su pecho, queriendo apartar la vista del teléfono.

—Ya no te quiero— mintió y se arrodilló sobre las tablas de madera con el llanto atorado en la garganta. Sentía la resaca en el alma porque sabía que no era cierto. Le seguía amando con locura, era capaz de dar la vida por su amor. Pero no podía dejar todo atrás. Volvió su cabeza al celular.

— ¿Entonces es todo?—preguntó M ansioso.

—Sí—escribió M con la duda entre los dedos.

Entonces se asomó por última vez al público y miró el rostro de M triste y decaído. Sentía un arrepentimiento terrible, moría por saltar y decirle cuanto le amaba, pero no podía. Algo en el fondo de su ser lo impedía, y, con lágrimas en los ojos, ambos tomaron el celular.

—Adiós, Mario.

—Adiós, Melanie.